



8 de agosto de 1880

### El todo de Dios y la nada de las criaturas

Mis queridas hijas:

Hace una semana, mientras leía el libro de la Sabiduría en el Oficio, pensé que tendría algo que decir sobre el magnífico elogio que el Espíritu Santo hace de la Sabiduría. Sin duda, se trata, en primer lugar, de la Sabiduría increada, segunda persona de la Santísima Trinidad, que presidió la creación de la tierra, que existía antes que las montañas, que creó todas las cosas. Ésta es también la sabiduría humana. El Espíritu Santo desciende luego, en los Libros Sapienciales, a un gran número de consideraciones que se refieren a la sabiduría humana.

El principio de esta sabiduría es el temor del Señor. ¿Cuál es su fin? Es el conocimiento de las cosas tal como son. Lo resumiría de esta manera. No quiero perderme en grandes preámbulos: toda la sabiduría del hombre, y especialmente del alma religiosa, consiste en conocer el todo de Dios y la nada de las cosas creadas.

Cuanto más se avanza en la vida religiosa, en la perfección, en la oración, más se debe comprender el todo de Dios y la nada de las cosas creadas. Sin duda son algo, puesto que Dios las hizo; pero sólo son algo en relación con su fin. San Ignacio explica maravillosamente que, mientras el hombre está hecho para Dios, mientras su sabiduría consiste en conocer a Dios que lo hizo a su imagen y en ir a Dios que es su fin, las cosas creadas están hechas para el hombre pensando en Dios. No es para que el hombre las use y abuse de ellas a su antojo, para que las haga suyas, para que haga de ellas su placer y su fin en este mundo. Es para que sirvan a un fin superior, para que conduzcan al hombre hacia Dios.

Es útil antes de un retiro volver sobre este gran principio con la mirada puesta en el espíritu. Cualquiera que sea la forma que deis a vuestro retiro, debéis volver a estas primeras verdades, tanto si las tomáis tal como están expuestas en los *Ejercicios* de San Ignacio, como si las tomáis tal como están en vuestro catecismo, que os enseña que el hombre ha sido creado para conocer a Dios, amarle y servirle.

Puesto que todas las cosas creadas deben contribuir a este fin, podemos comenzar por este trabajo de la mente que consiste en decirnos a nosotras mismas: «Debo estar en el orden de la Sabiduría, soy la esposa de aquel que es la Sabiduría increada, y he elegido ser colocada no entre las vírgenes necias, sino entre las vírgenes prudentes que tienen su lámpara en la mano, que guardan aceite en ella y lo utilizan para alumbrar sus pasos<sup>1</sup>. Pero, ¿preside la Sabiduría todas mis acciones? A lo largo del año, ¿cómo me he servido de las cosas creadas?»

---

<sup>1</sup> Cf. Mt 25, 1-13.

Este pensamiento, que sólo puede ocupar una meditación durante el retiro, puede ser objeto de varias reflexiones de preparación al retiro, y os exhorto a preguntaros: «¿Qué han sido para mí las cosas creadas? ¿Han sido un obstáculo, han sido una atracción, han sido objeto de agudas contradicciones o de desolación? ¿He actuado en la práctica, con respecto a las cosas de la vida, como una persona para la que las cosas del tiempo tienen poca importancia, que busca establecerse y que de hecho se establece en la indiferencia hacia todas las cosas creadas, para preferir siempre la santa voluntad de Dios?»

Las cosas creadas son un medio. En sí mismas son indiferentes; sólo deben ser elegidas en la medida en que nos conducen a nuestro fin, que es Dios. Por eso, en el estado religioso, renunciamos a las cosas del mundo que más atraen a las criaturas. Buscamos la belleza en las criaturas, el placer en las criaturas, la posesión, el bienestar, la diversión, el goce, la suavidad. Por nuestra parte, nos separamos de todas estas cosas, para que Dios sea el único fin de nuestras relaciones con las cosas creadas.

Pero, a consecuencia de las tentaciones del demonio o de la debilidad de nuestra propia naturaleza, puede suceder que una pequeña cosa creada se convierta en un obstáculo. Santa Teresa dice que, incluso en los monasterios más enclaustrados, se introduce un punto de honor, de estima, de preocupación por el trabajo y la salud. Todo esto forma parte del orden de las cosas creadas. Nuestro Señor nos enseña que, en estas cosas, lo más penoso es lo que nos conduce con mayor seguridad a nuestro fin: la semejanza con Nuestro Señor Jesucristo, la unión con Dios, la posesión de Dios.

¿Qué eligió nuestro Señor Jesucristo en esta tierra? La pobreza, la humillación y el sufrimiento. Tomad estas tres virtudes en todas las formas que queráis, y en eso consiste su vida. Su humildad es completa, su obediencia es total, su obra es tan humilde que más tarde se dirá de él: *¿No es el hijo del carpintero? ¿De dónde le viene todo esto?*<sup>2</sup> Esta es la elección que nuestro Señor hizo de la vida. Para nosotras, dice San Ignacio, no hay elección; y si la hubiera, tendría que ser la que nos acercara más al sufrimiento, a la humillación, a la cruz de nuestro Señor.

Estos pensamientos no entran fácilmente en la mente de los hombres. Bienaventuradas seréis, hermanas mías, si entran en vuestras mentes incluso antes de que entren en vuestros corazones. Si vuestra mente os da siempre esta respuesta, será una gran fuerza para vuestro corazón. A la larga, el corazón sigue a la mente. Así que tenéis que empezar por persuadir a vuestra mente y mostrarle cuáles son los verdaderos bienes. El verdadero bien es el que trae la Sabiduría. Salomón, que había recibido la plenitud de la Sabiduría, nos enseñó esto. Habiéndose dejado llevar por los placeres que encontraba en las criaturas, habiéndose sumergido en todas las delicias de este mundo y habiendo disfrutado de todo lo que se podía disfrutar, miró hacia atrás y dijo: *Vanidad de vanidades, todo es vanidad*<sup>3</sup>. Hay que añadir: *aparte de amar a Dios y servirle*. Es de temer que Salomón no lo añadiera. Por eso dudamos de su salvación.

Ahora, hermanas mías, volviendo a lo que os decía antes, cuanto más avanzada está un alma en la oración, más luz recibe de Dios, y más se llena de una santa convicción de la omnipotencia de Dios y de la nada de las cosas creadas. Este es el verdadero fruto de la oración: Dios como todo para el alma. Su único temor es poner entre Dios y uno mismo una de las cosas creadas. Un predicador solía decir de las cosas creadas: «Recíbelas, témelas, devuélvelas». Recíbelas de Dios. Que sea de su mano de donde tomes todas las cosas. Si son dulces, da gracias. Si son amargas, vuelve a dar gracias; es una prueba de que Dios te ama más, de que quiere para ti mayor santidad. Al unirte a la cruz, te llevará más íntimamente al corazón de nuestro Señor. Da gracias, pues, en todo.

Temed si una cosa os es dulce, si es de vuestro agrado, si en esta relación hay algo para vuestra propia satisfacción. Manteneos cerca de Dios, para que vuestra alma encuentre a Dios en todo. Que ése sea su gusto, que ésa sea su voluntad, que ése sea su principio y su fin. Mirad siempre a Aquel que os atrajo por amor, que quiere poseeros por amor y que quiere que vuestra alma

---

<sup>2</sup> Mt 13, 54-55.

<sup>3</sup> Qo 1,2

sea tan pura que no la admitirá en el cielo hasta que la haya purificado, por el fuego del purgatorio, de los hábitos, no digo culpables, sino imperfectos.

Dejémoslos nosotras, hermanas mías, separémonos de ellos ahora. El fuego del purgatorio es más cruel que todos los sufrimientos de este mundo: ¿por qué no hemos de hacer, por amor de nuestro Señor, esta purificación en la tierra, que está llena de mérito cuando es obra de nuestra libre voluntad? El purgatorio alejará sin duda el mal, pero no nos dará otro grado de amor. Desde el punto de vista de la santidad, seremos lo que éramos cuando dejamos este mundo; pero nuestra alma purificada será capaz de estar entre los habitantes de la ciudad celestial, donde nada impuro puede entrar, donde reina el amor más puro, más santo y más perfecto, y donde las virtudes despojadas de toda herrumbre brillan con el resplandor que Dios quiere ver en sus santos.